



Capítulo 284 - Nunca debiste haber existido

"¿Qué haces aquí?", preguntó Amon en voz baja y arrastrada, sin siquiera levantar la vista de los documentos sobre su escritorio. Sabía quién era solo por su presencia, como si el aire mismo hubiera cambiado de densidad al entrar.

La mujer no sonrió. No parecía interesada en perder el tiempo.

"Vine a preguntarte algo."

Se acercó a la larga mesa de los Arcontes y se sentó con la naturalidad de la realeza despreocupada. La sala estaba vacía, solo ellos dos. La conversación sería seria, breve... o tal vez no.



Amon suspiró, como quien sufre un dolor de cabeza constante. "Adelante. Te escucho."

Ella cruzó las piernas y lo miró sin ocultar el desprecio en su mirada. "¿Cuánto tiempo vas a seguir fingiendo que no sabes lo que está pasando?"

Amon se detuvo un momento, con la pluma congelada entre los dedos. Una pequeña sonrisa burlona se dibujó en la comisura de sus labios cuando sus ojos rojos se encontraron con los de ella, fríos y profundos como un mar helado.

-Estás hablando del chico, ¿no? -preguntó.



—Sabes que lo soy. —Sus ojos brillaron con una intensidad glacial. Había una amenaza velada, algo entre líneas que incluso Amon captó... he ignoró—. Sabes lo que pasa si intentas algo contra él... ¿verdad?

Amon soltó una risa seca, más de desprecio que diversión. "Viniendo de un traidor, ¿por qué debería importarme lo que tengas que decir? La ley del más fuerte, ¿recuerdas? Tú mismo la viviste."

Con un crujido agudo en el aire, su aura se expandió, como una tormenta formándose en un instante. La atmósfera cambió. La habitación pareció encogerse. El oxígeno se volvió denso.

Pero ella... sonrió.

"Para ser alguien que me traicionó primero, tienes unas agallas increíbles". Su intención asesina explotó en respuesta.



La estructura misma crujió, agrietándose el suelo de mármol. Cualquiera a doscientos metros a la redonda habría muerto de solo sentirlo. Era como si dos dioses estuvieran poniendo a prueba la paciencia del mundo.

Pero ambos se retiraron casi simultáneamente. No querían llamar demasiado la atención. La Ley del Más Fuerte... era útil. Pero solo para los débiles.

Se miraron fijamente durante largos segundos, la tensión aún flotaba en el aire como la electricidad antes de una tormenta.

Amon suspiró. "A pesar de tu traición, veo que no bromeas. ¿Cómo recuperaste tus fuerzas tan rápido?"



Ella simplemente levantó una ceja, casi divertida. "Ser hija de Lilith y Lucifer tiene sus ventajas, ¿no crees? Entiendes... qué lástima que tu linaje no sea tan puro como el mío."

Con un chasquido de dedos, el mundo que los rodeaba se deshizo.

La oficina de los Arcontes desapareció, reemplazada por una serena colina con vistas a montañas nevadas. Un campo cubierto de nieve resplandeciente brillaba bajo un sol suave. En el centro, una pequeña mesa de té con elegantes sillas. Un toque de gracia... y crueldad.

"Habilidad de súcubo... aunque no lo seas. Impresionante", comentó Amon, mirando a su alrededor antes de sentarse con aplomo. Tocó la silla como si comprobara si era real o solo una ilusión.

"Compararme con un súcubo me hace querer matarte", murmuró, sentándose al otro lado. "¿Té?"



Una tetera dorada se materializó en el aire, sirviéndoles a ambos con etérea delicadeza. El vapor bailaba como fantasmas en cámara lenta.

—¿Así que todo esto es solo para demostrarme que has recuperado tu verdadera fuerza? —preguntó Amon, llevándose la taza de té a los labios. Sin inmutarse, sin inmutarse.

La cucharita se removió sola, creando pequeños remolinos en el líquido oscuro. "No. Esto es solo para asegurarnos de que no le pase nada".

Amon arqueó una ceja. "¿Tan desesperado? ¿Por qué?"



"¿De verdad quieres que enumere todas las veces que cometiste un error?"
respondió ella, poniendo los ojos en blanco.

Se burló, reclinándose en la silla como un rey aburrido. "No voy a hacer nada...
No puedo, en realidad".

Su mirada cambió. Curiosidad. Alerta.

"¿Qué quieres decir con que no puedes?"

Amon chasqueó la lengua. "¿Crees que es tan fácil como matar al anfitrión de
una Autoridad y ibum!, el poder es tuyo? Vamos, Sepphy, no seas ingenuo."

"Escúpelo."

"Tu hijo, Sepphirothy... ahora es el Jinete de la Muerte. Él... robó la Autoridad
de Ashborne."

Se quedó paralizada. Por un instante que se prolongó como una eternidad, sus
dedos se detuvieron en el asa de la taza. Sin palabras. Solo silencio.

Amon sonrió con suficiencia. "Sí. Ahora tu pequeño colapso tiene sentido".

"¿Me estás diciendo que... el chico... usurpó la Autoridad del Segador
original?", preguntó, con voz más aturdida que dubitativa. No había pensado
que la Autoridad lo aceptaría. Lejos de eso, supuso que la llama se había
extinguido...

—Sí. Y el Infierno... lo aprobó. Le dio el pase VIP. Oficial. Uno de los Cuatro
Jinetes.





Se llevó una mano a la boca. No por sorpresa... sino para disimular una sonrisa.
"Maldita sea... la distancia tiene sus ventajas."

"¿No lo sabías?" Amon levantó una ceja, ahora genuinamente sorprendido.

—No... ¿y ahora? ¡Que te den! —Se puso de pie, contemplando el cielo del mundo que había creado. La nieve caía lentamente, casi poéticamente.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Amon, levantándose también.

Ella no respondió de inmediato. "Voy a asegurarme de que nadie le ponga un dedo encima a mi hijo... ni siquiera tú".

Sonrió, sinceramente, por primera vez en toda la conversación. "Entonces tal vez... ya no seas una traidora. Solo una madre".



Ella desapareció sin decir otra palabra.

Amon permaneció allí, contemplando el té intacto, tamborileando con los dedos contra el reposabrazos mientras el calor de la taza se desvanecía lentamente. El mundo que Sepphy había creado aún latía a su alrededor, sereno... demasiado tranquilo para el caos al que estaba acostumbrado.

Fue entonces cuando frunció el ceño.

—¿Dónde estoy exactamente? —murmuró, mirando a su alrededor con una extraña sensación de desplazamiento.



Y entonces, como si el destino hubiera escuchado su pregunta...

¡KABOOOOOOOM!

Una explosión sacudió el horizonte. Nieve y rocas salieron despedidas hacia el cielo mientras un cuerpo volaba desde la ladera de la montaña, rebotando como una bala de cañón.

Amon se levantó de golpe, con una expresión que oscilaba entre la incredulidad y el enojo.

"¿Qué...?"

El cuerpo destrozado sobre el hielo se retorció: los huesos se rompieron, los músculos se abultaron. Las extremidades con garras se clavaron en el suelo mientras la criatura se alzaba en una colosal forma lupina, con los ojos brillando de furia salvaje.



La transformación fue completa. Un hombre lobo en su forma primigenia.

Dejó escapar un aullido brutal que resonó por todo el mundo ilusorio.

"¡¡¡BASTAAARRO!!!"

Amón volvió la mirada hacia la cima de la montaña desde donde había sido lanzada la criatura.

Allí, de pie contra el viento cortante, con el cabello plateado ondeando salvajemente y los ojos afilados como espadas, estaba él.



Virgilio.

Calma. Inmóvil. Una silueta de pura amenaza.

"Te voy a matar", dijo, con una voz tan fría como el paisaje helado que los rodeaba.

Amon se pasó una mano por la cara, exhausto.

—Oh, claro... ¿por qué no? —murmuró, mientras su cuerpo se desmaterializaba como humo arrastrado por el viento.

De regreso al infierno, reapareció en su oficina con un largo y cansado suspiro y un peso ancestral presionando sus hombros.

Volvió a coger los documentos y se quedó mirando la pila de papeles como si fuera el peor castigo imaginable para alguien como él.

"Ese maldito niño acaba de despertarse y ya está causando problemas otra vez..."

...

El viento aullaba en los oídos del hombre lobo mientras se sostenía sobre sus patas traseras, con los músculos tensos y los ojos abiertos de rabia y miedo. Tenía el pelaje erizado y el pecho agitado por la respiración agitada. El impacto de la caída aún resonaba en su cuerpo... pero no era nada comparado con lo que veía ahora.





En la cima de la montaña, como un dios de la destrucción en forma humana, se encontraba Virgilio.

Una silueta inmóvil, ojos como lanzas y una presión abrumadora que irradia incluso desde la distancia.

Luego se movió.

"Tch... hora de morir."

Vergil se lanzó desde la cima de la montaña con tal velocidad que el aire a su alrededor explotó con una explosión sónica. La piedra bajo sus pies se hizo añicos como cristal. La nieve cercana se vaporizó.

Atravesó el cielo como un rayo invertido.

Los ojos del hombre lobo se abrieron de par en par.

"¿Qué carajo—"

iiiBOOOOOOM!!!

El impacto fue brutal.

Vergil se desplomó como un cometa, con los puños envueltos en pura energía demoníaca. El golpe impactó al hombre lobo de lleno en el estómago, destrozando carne, rompiendo costillas y abriendo un cráter de decenas de metros de ancho en el suelo helado.





El monstruo aulló de agonía, escupiendo sangre espesa y negra.

Sin darle tiempo a respirar, Vergil se movió como una sombra. Una patada giratoria impactó la mandíbula de la criatura, lanzándola por los aires.

—Eres el hermano de Alexa, ¿verdad? —dijo en voz baja, casi un susurro—. Entonces le va a encantar... cuando te arranque la cabeza y la ponga en un pedestal para ella.

Virgilio saltó.

En el aire, sus ojos se volvieron carmesí, la energía a su alrededor se distorsionó y alas demoníacas salieron de su espalda con una fuerza explosiva.

Con una velocidad absurda, apareció detrás del hombre lobo.

"¡TE BORRARÉ!"

Con un golpe con la palma abierta en la espalda de la criatura, Vergil lanzó al hermano de Alexa de regreso a la tierra como un misil, atravesando tres montañas en el impacto.

iiiBOOOOOMMMM!!!

El impacto provocó avalanchas. Rocas y hielo cayeron en oleadas brutales.

Vergil aterrizó lentamente, sus pies tocando el suelo como si el mundo temblara al recibirlo.





El humo cubría el campo de batalla. La nieve y el polvo se arremolinaban en vórtices caóticos. Por un instante, solo se oyó el latido de un corazón.

Entonces, una pata emergió de los escombros.

El hombre lobo se tambaleó, con la mitad de la cara quemada, el brazo izquierdo colgando de los tendones y los ojos llenos de puro odio... y miedo.

Vergil no sonrió. No se burló. Simplemente observó, como quien observa a un insecto retorciéndose en sus últimos instantes.

"No eres ni la sombra de tu hermana."

CHARLA.

Vergil chasqueó los dedos. Al instante, su aura explotó. Una tormenta de pura energía demoníaca consumió todo a su alrededor: árboles fueron arrancados del suelo, rocas flotaron en el aire y la nieve se evaporó en un radio de cien metros.

El hombre lobo cayó de rodillas. El impacto agrietó el suelo bajo sus pies. Sus pulmones temblaron. Su corazón intentó detenerse. Todo su cuerpo gritaba que corriera.

Virgilio empezó a caminar hacia él, lentamente, deliberadamente, como un verdugo dictando una sentencia.

"Tú... nunca debiste haberte metido con ella."

"Nunca debiste haber puesto un dedo sobre ni un solo mechón de su cabello."





"Nunca debiste haber existido."

Cuando cerró la distancia, el hombre lobo lanzó un último ataque desesperado, blandiendo su garra con la poca fuerza que le quedaba.

Vergil atrapó el brazo en el aire con una mano.

Y sonrió. Una sonrisa hueca y despiadada.

"Ve a dormir."

Con un movimiento suave, arrancó el brazo de la criatura, como si arrancara una flor de la tierra.

—Te traeré de vuelta con vida. Ella tendrá el placer de vengar a sus compañeros... Y tú morirás a manos de quien más odias —dijo, con los ojos brillando con una luz demoníaca.

Arrojó a un lado el brazo cortado del hombre lobo y luego agregó:

"Pero primero... ven a mí."

El tono de Vergil no era una sugerencia. Era una orden.

"Te voy a golpear hasta que tu vida deje de tener sentido."

